

XXXV

Sobre los campos, devastados por la guerra, comenzó á brillar la luz de un nuevo día: hacia la parte de Levante el aire se arreboló cual si la atmósfera se incendiara, y las estrellas, ofuscadas por el sol, se borraron del cielo. En torno de Ayartiaga no se oía más que el estridente rodar de alguna carreta mal engrasada y el apacible silbo del viento, que se complacía en cimbrear suavemente las cañas de los maizales, fingiendo oleadas entre el verdor de los cerros. El pueblo, formado por dos líneas de pobrísimas casas tendidas á lo largo de la carretera, no había despertado aún. La iglesia, que apartándose del trato de las gentes se elevaba á corta distancia del camino, estaba cerrada, y en torno de la cruz que

servía de coronamiento á su veleta revoloteaba una bandada de pájaros. En el camino, húmedo y barroso por la lluvia tenaz que caía yera dos días antes, se veían innumerables huellas de herraduras y de pesadas llantas. A la entrada del lugar, algunas tapias medio derruidas y varias facha las conservaban señales de balazos: en un cerro cercano se divisaba tierra removida, piedras hacinadas como parapeto, restos de una cureña rota, varios radios de una rueda quemada en una hoguera, cuyas cenizas aún no había esparcido el viento, y un par de sacos, acaso olvidados en la fuga. El lodo, apenas endurecido, estaba lleno de pisadas, y un frondoso grupo de castaños que había en la falda del montículo tenía, á trechos, rotos y astillados los troncos, en torno de los cuales caían desgajadas algunas ramas con las hojas ya mustias. A dos kilómetros de las primeras casas del pueblo, una serie de montones de escombros indicaba el lugar donde estuvo la estación del ferrocarril. No se veían en derredor más que maderas carbonizadas, herrajes retorcidos por el fuego y planchas de zinc medio roídas por las llamas: una fila de piedras blancas, fijas en el suelo, designaba el trazado del andén, y los

huecos de los durmientes y traviesas arrancados marcaban el trayecto de la vía. De las oficinas y almacenes no se conservaban en pie sino un piso casi derrumbado y algunas paredes ennegrecidas, en una de las cuales habían quedado intactos dos ó tres cuadritos, con fotografías malas, y un impreso en papel amarillo, con las horas de entrada y salida de los trenes. Junto á la valla que cercaba el perímetro de la estación había una casucha, destinada á cantina, sin el menor deterioro, quizá por ser propiedad de un realista: tenía la puerta cerrada y, sobre ella, se veía este bando allí pegado algún tiempo atrás, manuscrito, con la tinta corrida y el papel humedecido por los aguaceros:

DIOS—PATRIA—REY

Comandancia general de Guipúzcoa.—Como comandante general de esta provincia, nombrado por S. M. Don Carlos VII de Borbón y de Este [Q. D. G.]; teniendo que emprender un movimiento general que libre á España de la esclavitud en que la tiene un extranjero, hijo del carcelero del Papa, el inmortal Pío IX:

Considerando que la circulación de los trenes y las comunicaciones telegráficas son

el arma más poderosa con que un *ateo* gobierno cuenta, he creído conveniente ordenar lo siguiente:

Artículo 1.º A las seis horas de recibir esta comunicación, deberán quedar desocupadas y cerradas todas las dependencias de la vía que están á su cargo.

Art. 2.º Pasadas las seis horas, serán hostilizados todos los maquinistas que conduzcan trenes y fusilados todos los empleados que sean aprehendidos en el servicio de la vía férrea, previa identificación de sus personas, convicción de la falta de cumplimiento á está mi orden y después de recibir los auxilios espirituales.

Art. 3.º Transcurridas las seis horas, principiará el deterioro en la vía, cuya indemnización jamás podrá tener la empresa derecho á reclamar.

El que sea católico español ante todo, obedezca mis órdenes, si es que ama á su patria y no desea sumergir en llanto y luto á su familia y á las de sus dependientes.—Lo que comunico á vd. para su conocimiento y demás exacto cumplimiento. Dios guarde á vd. muchos años. Campo del Honor, 6 de Enero de 1873.—El Brigadier comandante general

de la provincia, *Antonio Lizárraga y Esquiros* (1).”

Al despuntar la mañana, en una de las casas del pueblo se abrió el portón del corral y, precedidos de una mujer, salieron al campo dos soldados de infantería con el uniforme despedazado y sucio: uno de ellos llevaba fusil, y el otro iba sin armamento. Llegaron la víspera, medio aspeados y fugitivos del combate que se trabó en las cercanías, donde á la entrada de un valle fueron sorprendidas y desbaratadas tres compañías del ejército; y aquella mujer, movida de una conmiseración desusada en las circunstancias por que atravesaba el país, les dió albergue durante la noche; pero sabedora de que en otro pueblo no muy distante había guarnición de tropa, les indicó de madrugada el camino que debían seguir hasta incorporarse á ella. Cuando llamaron á su puerta maltrechos, hambrientos y rendidos, les admitió á condición de que, para no comprometerla, saldrian de su casa con el primer claror del día; así que, al rayar el alba,

(1) *Historia Contemporánea*, de Antonio Pirala --Madrid, 1877.

ellos, sin esperar á que les llámase, se levantaron del montón de hojas de maíz que les sirvió de cama y con rudo lenguaje dieron gracias á su compasivo huésped, que les despidió diciendo:

—Sois *guiris*: ¡no importa! Yo también *te* tengo hijo, *pues*, con general Andéchega, valiente. ¡Dios proteja todos!

Indicóles en seguida de nuevo la dirección que habían de tomar, y ellos, según el consejo recibido, anduvieron un buen trecho por la carretera, y luego, al llegar á una bifurcación, torciendo hacia la izquierda, se internaron por un camino vecinal.

—Por aquí debe de ser, Pateta—decía el más joven.—Esta es la casa abandonada de que nos habló: delante, todo derecho. Tres horas de fatiga y estamos en salvo... por ahora.

El que así habló era un muchacho alto, moreno, nervudo y fuerte, con pies doloridos y andaba penosamente. Pateta estaba desconocido. El *gatera* madrileño, de aspecto endeble, se había robustecido con el aire del campo. Llevaba raído el uniforme, sujetas las alpargatas una con cinta y otra con tomi-za, y puesta sobre el capote una manta de color indefinido, en cuyos pelos habían queda-

do prendidas briznas de maíz seco sobre que pasó la noche.

—¡Trae el fusil, modrego, que no *pués* con tu alma! —dijo de pronto á su compañero, viéndole anhelante y fatigoso.

Habían llegado á un cerro desde donde se divisaba gran extensión de tierra, cuando de pronto Pateta, extendiendo un brazo para señalar lo que creía descubrir en una hondonada, á larga distancia, dijo, con el rostro demudado:

—¡*Mecachis!* chico, ¿qué es aquello?

—¡Gente! —repuso lívido el castellano viejo. Son dos á caballo y muchos más á pie.

—¿Qué hacemos?

—Volver pies atrás. Mira, el camino sigue sin un marrano árbol y al descubierto. Si nos ven, nos revientan. Correr lo que podamos, y esa mujer nos esconderá. si no, ¡sea lo que Dios quiera!

Por entre barrizales á breñas, á campo traviesa y buscando las enramadas para mejor ocultarse, desandaron en quince minutos el camino que habían recorrido en media hora. Cuando jadeante como perros llegaron al portón del corral, la mujer que allí estaba partiendo leña, con solo mirarles al rostro,

adivinó lo que les había pasado. No salió fallida la esperanza de Pateta. Un instante después él y su compañeros estaban ocultos en el anchuroso pajar, lleno de liazas, aperos de labranza y montoncillos de semillas que ocupaba toda la parte alta de la casa.

—¡Estamos en salvo!

--Gracias á que hemos venido por ahí detrás, que por la carretera ya nos habían *atisbao*. ¿Cómo tienes las patas?

—Chico, ahora muy mal; pero mientras veníamos corriendo, casi no las sentía.

Como la casa estaba situada á la entrada del pueblo y era de las más altas, desde los ventanillos de ambos lados del pajar se veían, hacia una parte la larga línea de la carretera, que iba á perderse en una curva sombreada por robustos nogales, y en opuesta dirección la pequeña esplanada que había ante las ruinas de la estación del ferrocarril. Pateta miraba por uno de estos ventanucos, ocultándose tras unas ristras de mazorcas que colgaban de la techumbre, y por otros su compañero, que resguardaba el cuerpo con un haz de leña menuda.

—Venían hacia aquí, ¿verdad?

—¡Claro!

—Lo malo será si se detienen y se alojan.

Ninguno se atrevió á seguir haciendo conturas, seguros de que el alojamiento de ella partida en el lugar podía ser su perición.

Cerca de una hora llevaban de angustiosa impaciencia, y ya iban con la tardanza esperanzándose de que el grupo de gente armada hubiera tomado otro camino, cuando Pateta lo vió aparecer en la cueva de la carretera. Delante venían tres hombres á caballo: dos con boina en la cabeza, el tercero con gorra pellejera, y detrás de ellos, en confuso desorden, hasta doscientos hombres, equipados diversamente, pero con buenas armas, y el mayor número con boina blanca.

—Traen á uno cogido. ¡Pobrecito! dijo Pateta, oprimiendo maquinalmente el fusil.

—¡No seas bruto! ¡Si es inútil! respondió su camarada, adivinándole los pensamientos:

—No, si ya lo sé; pero me están saltando los dedos.

Detrás de los tres individuos que, montados en fuertes caballejos, parecían jefes de la partida, venía maniatado á la espalda un hom-

bre, como de treinta años, de barba negra muy moreno, con un pañuelo liado a la cabeza y mal arropado con un capote pardo de los que usa el personal subalterno de ferrocarriles. Era un telegrafista de la estación cercana.

—Es uno del tren.

—¡No chistes!

—¡Calla!—dijeron el par los dos soldados; y como en aquel momento la gente de la partida pasaba ante la casa, Pateta cruzó de puntillas el desván, yendo á colocarse frente al ventanuco del lado opuesto, que da frente á la vía férrea, atemorizado con el terror de lo que imaginaba. En el instante de tender Pateta la mirada hacia la valla de la estación, hacia allí alto la partida.

—*Pinchi*, ¡mira qué facha más rara *tién* los *cabecyas*!

Uno de los tres jefes les llamó en particular la atención. Era un hombre alto, de color cetrino, facciones angulosas y barba negra muy cerrada. A menor distancia, con seguridad Pateta le hubiera conocido en seguida. Llevaba gorra pellejera, chaqueta azamarra con grasientos alamares negros, pantalón de pana y botas blancas de montar, con

recias espuelas de hierro; pendiente del cinto un sable, y entre los pliegues de la faja morada y burda asomaba la culatilla de un revólver de reglamento. Ni en las mangas del chaquetón ni en parte alguna del traje usaba el menor distintivo; pero, en cambio, su caballo era la mejor de las tres bestias. A juzgar por los ademanes que hacía y la respetuosa atención con que los otros le escuchaban, debía ser el que acuadrillaba la partida.

Lo que pasó luego fué horrible crueldad. El prisionero entró en la caseta, custodiado por cuatro números, y tras él entraron los tres hombres que iban mandando á los insurrectos. Algunos campesinos y labriegos del lugar, viejos en su mayor parte, que habían acudido por curiosidad, fueron alejados con modales bruscos por la gente armada, y como volviesen en mayor número, se dió orden de despejar la plazoleta. Pasada media hora salieron los cabecillas, dejando al prisionero encerrado y custodiado por los cuatro defensores del altar y el trono. Los tres caudillos, alejándose á cierta distancia de sus subordinados, conversaron breve rato: uno discutía acaloradamente, como quien defiende su opinión con viveza; pero el de la zamarra y el otro, que

debían estar de acuerdo, se mostraban inflexibles. Pateta y el castellano viejo temblaban, presintiendo que iban á presenciar algo espantoso. De pronto el hombre que parecía compartir la opinión del jefe se apartó unos cuantos pasos, dió orden de formar, mandó sacar el prisionero y dispuso que, rodeado de un piquete, fuese conducido hasta los ruinosos y calcinados paredones de la estación, junto á la valla en que estaba fijado el bando prohibiendo la circulación de trenes. Allí, sin desatarle las ligaduras de las manos, le hicieron arrimarse á la tapia: el infeliz dijo algunas palabras pero Pateta y su camarada no pudieron oírle. Obedeciendo á las voces de mando que dió el oficial, avanzaron cinco números y, colocados á unos cuantos pasos del desdichado, le apuntaron dos á la cabeza y los tres restantes al pecho. Después, el múltiple y desigual estampido de los disparos atronó el aire, y al disiparse el humo de la descarga, se vió el cuerpo inmóvil y tendido de bruces en el suelo. La cal de la pared, ennegrecida por la humareda del incendio, quedó jaspeada de manchas rojas, y rodeando al cadáver apareció un charquillo de sangre, que la tierra empapó rápidamente, cual si quisiera borrar el crimen de los

hombres. En seguida el piquete se alejó, dejando allí dos individuos, en tanto que otra páreja iba al pueblo para ordenar que fuese sepultado el muerto. Lo que siguió ya no pudieron verlo los del pajar.

La partida se dirigió á la iglesia del lugar, entrando en ella con muestra de piadoso recogimiento. El jefe penetró por otra puerta en la sancristía, habló con el cura, que se disponía á decir la misa que habían de escuchar las pocas y madrugadoras mujeres que iban llegando, y con palabras corteses le rogó que le dejara officiar en lugar suyo. Poco minutos después se despojó de los arreos militares, púsose diciendo latinajos las sagradas vestiduras y con el cáliz entre las manos salió á la pequeña nave, por cuyas ventanas penetraban el aire fresco de la mañana, saturado de aromas campestres, y los rayos del sol, en que se movían, como polvo de oro, los átomos inquietos. Un robusto mocetón, que llevaba en el capote galones de cabo, ayudó á la celebración del santo sacrificio. El cabecilla rezó la misa pausada y lentamente, con la conciencia tranquila, sólo atento al sentido místico de las augustas frases que sus labios saboreaban como un juego espiritual al decir:

—*Judica me, Deus, et discerne causam meam....*

Al medio día la partida se alejó en la dirección marcada por el trazado de la vía férrea. Llegada la noche, Pateta y su compañero huyeron por los mismos senderos que á la mañana y con arreglo á las instrucciones de su compasiva salvadora, que encarándose con el madrileño dijo:

— Si no escapas, *pues*, tirarte tiros *hasen*.

No tres, como ella les dijera, sino cinco horas anduvieron hasta llegar de madrugada á un caserío donde, presentándose al jefe del destacamento que lo ocupaba, contaron cuanto habían visto, aún grabada en sus rostros la impresión de la angustia y el terror sufridos.

